

ACERCA DE LOS PRIMEROS PASOS DEL PENSAMIENTO HISTORIADOR. ALGUNAS CONSIDERACIONES (*)

ABOUT THE FIRST STEPS OF HISTORICAL MIND. SOME IDEAS

Manuel J. PARODI ÁLVAREZ.

Departamento de Historia Antigua. Universidad de Sevilla.

C/ D^a María de Padilla s.n. 4.100. Sevilla.

Resumen.

A través de las siguientes líneas trataremos de aproximarnos a los orígenes y primeros pasos del pensamiento historiador como realidad objetiva, nacida de una realidad histórica concreta. Frente al pensamiento mítico-religioso (o "junto" al mismo), el análisis de la realidad humana fruto del contraste y la fijación de las ideas que supondrá la escritura (frente a las formas míticas de transmisión de los sucesos, por vía oral) permitirán que en un mundo como la Hélade de los siglos IX-VIII a.C., cuyas formas de articulación económica y política no dependen de una estructura estatal palacial como las existentes en el Próximo Oriente ("verticales", en las que la transmisión del conocimiento depende por entero del templo y el palacio), se desarrolle -al amparo de la escritura- un verdadero método de transmisión del conocimiento de carácter "horizontal" (esto es, de forma independiente respecto al Estado), siendo el vehículo de fijación y contraste de los acontecimientos esa forma "nueva" de pensamiento humano que es el pensamiento historiador.

Palabras Clave: pensamiento, escritura, lógica, razón, mítica, religión, tiempo, temporalidad, Naturaleza, Historia, Historiografía.

Abstract.

Through the following paragraphs we shall try to consider the significance of "historian mind's" birth in Ancient times, related to the origins of scripture and concepts like time and human responsibility. Out of myth and religion, History appears as a "new" instrument for comprehending reality, and does so in a quite precise moment and field, the Ancient Mediterranean.

(*) Fecha de recepción del artículo: 15-noviembre-2001. Fecha de aceptación del artículo: 30-noviembre-2001

Key Words: thought, writing, reflexion, logic, miths, religion, time, temporal condition, Nature, History, Historiography.

Sumario.

1. De la formación del pensamiento histórico. 2. Historia entre griegos y romanos. Los griegos. 3. Roma y el concepto de memoria. 4. La "dirección" en Historia. 5. Historia como Ciencia. 6. Sobre la practicidad de la Historia. 7. Bibliografía.

1. De la formación del pensamiento histórico.

Adolecemos, en líneas generales, de falta de perspectiva, de contraste, de cara a la inteligencia por nuestra parte de quienes ven el mundo bajo otros puntos de vista, y es desde esta opinión que los informativos (aparecidos bajo cualquier soporte y formato) nos presentan la aparente realidad que nos envuelve; esta concepción del "Todo" y de las formas de entenderlo tiende a excluir otras escalas de pensamiento diferentes de la propia, en lo que constituye un serio error (fatal para quien lo sostiene porque su limitación acabará por consumirlo, y también para quien lo sufre, porque terminará igualmente ahogado, pero en un sentido más literal del término). Pese a siglos de dominio aparente de una no menos "aparente" lógica, nuestro pensamiento no es único: no podemos ver las cosas sólo utilizando el intelecto "puro" (algo, por otra parte, inexistente); nosotros, seres eminentemente racionales y lógicos (tal y como nos gusta considerarnos), no lo somos tanto como para poder rechazar de plano y de manera absoluta la concepción mítico-religiosa del mundo que nos rodea, y pese a que nuestro propio sistema de pensamiento sea "dual" nos cuesta mucho admitir que otras cosmovisiones (y otros sistemas de pensamiento) -aparte la occidental- puedan existir y ser igualmente "válidas".

De este mismo modo, tal y como hoy día coexisten diversas maneras de contemplar el mundo y vivirlo, tampoco en el pasado (en nuestro propio pasado como grupo cultural "europeo", "septentrional" -en cuanto a hemisferios se refiere- y "occidental") los términos fueron absolutos; los protagonistas de otras épocas encararon su cotidianidad con un pensamiento propio; el hombre antiguo, mediterráneo o no, se encuentra en un grado de integración con el medio natural mayor que el nuestro, y no hace sino dar los pasos primeros que le conducirán a cumplir el mandato bíblico de dominar la tierra (directamente reflejado y contenido, por ejemplo, en el *Génesis*, I, 28). Este "hombre antiguo" se considera, en un principio, un elemento más de la Naturaleza, una Naturaleza cuyas fuerzas se ve obligado a no alterar (y en el caso de que el equilibrio sea roto, a restituir), si no quiere sufrir las consecuencias negativas de sus acciones, de sus manipulaciones, del "daño" causado por su mano.

El hombre antiguo encara la vida con un pensamiento mítico-religioso, sin asumir plenamente la responsabilidad sobre sus propios actos puesto que, al ser él mismo una parte del "Todo", sus acciones responderán a la/s voluntad/es superior/es que ordenan y rigen ese "Todo"(esto es, a la presencia y voluntad de los seres divinos, creadores y ordenadores de la realidad natural, así como "mantenedores" de las misma); el hombre tampoco asume plenamente su propia temporalidad (ya que tal y como todo se renueva en la Naturaleza, el hombre se renueva igualmente de forma periódica -entendido el hombre como colectivo). El pensamiento mítico, cuyas claves y secretos serán transmitidos oralmente, de forma directa entre "maestros" y "aprendices" (entre "ancianos" y "jóvenes") y cuyas leyes serán igualmente conservadas de forma oral entre un círculo reducido de "iniciados" (unas leyes cuyo origen será considerado divino y la interpretación de las cuales sólo podrá estar en manos de unos pocos...) comenzará a ver alterada su unicidad cuando la fijación de los datos merced a la escritura permita el contraste de los mismos. De esta forma, el contraste conllevará (y permitirá) la reflexión, y la reflexión por su parte abrirá camino a la lógica como sistema de pensamiento articulado e independiente (en un proceso complejo y prolongado en el tiempo que, como debemos entender, no debió ser el resultado de un cambio momentáneo ni inmediato, sino de un difícil proceso de transformación y adaptación de las realidades antiguas y nuevas).

Si el mito es el mecanismo del que dispone el pensamiento mítico-religioso para explicar e interpretar cómo entiende el mundo que contempla y le rodea -mecanismo que constituye una lógica (si queremos, no racional) en sí misma- en sus formas presentes y en sus formas pasadas (que sólo son una puesto que todo se repite siempre, periódicamente, pese a adoptar aspectos cambiantes, de acuerdo con el propio pensamiento mítico-religioso) el fruto del análisis racional del presente y el pasado (y del contraste entre los momentos y períodos estudiados) será la Historia (en la concepción histórica racional de la existencia, el tiempo y el espacio no son únicos ni los hechos se repiten periódicamente para conformar una suerte de orden eterno e inalterable, reflejo de la voluntad de una divinidad u otra, frente a la muy diferente articulación de estos conceptos en la mentalidad religiosa que hemos venido considerando), pero la Historia no aparecerá (como tampoco lo hace hoy) en estado "puro": los componentes religiosos en la esfera mental del hombre actual tienen más peso de lo que incluso queremos aceptar... La voluntad de objetividad, imparcialidad o cientificismo son, además, completamente "modernas" en los afanes de su aplicación generalizada, pese a la antigüedad de su formulación....

2. Historia entre griegos y romanos. Los griegos.

Los "*logógrafos*" (los "redactores de discursos") elaboran historias a partir de mitos y leyendas en la Grecia de los siglos VIII y VII a.C.; de este modo, la Historia se presenta como la

narración semimítica de un pasado y un mundo concebidos de manera mítica (eso es, religiosa). En palabras de F. Chatélet, "*las obras de los logógrafos y de Heródoto de una manera más clara testimoniaban el paso de la simple conciencia de la historicidad al Espíritu Historiador*": estaremos ante la progresiva y paulatina aceptación de la responsabilidad del hombre sobre sus propios actos (individuales y colectivos), y ante la asunción de la temporalidad humana (y, por tanto, de la "caducidad" humana), en un paso adelante (cuando menos aparentemente) respecto a la concepción mítica del hombre y del mundo... Con historiadores como Heródoto y Tucídides, la aceptación de la temporalidad humana y de su responsabilidad en el desarrollo del devenir histórico marchará unida a la exigencia de objetividad e imparcialidad a la hora de redactar Historia: el Hombre dejará de ser "sujeto paciente de la Historia" (de su propio actuar), al tiempo que se hará necesaria (se exigirá, por lo menos) una crítica imparcialidad a la hora de estudiar (e interpretar) las actuaciones humanas y sus consecuencias.

Con el cambio (ni mucho menos generalizado en todas las culturas del Mundo Antiguo Mediterráneo, ni tampoco de modo general ni absoluto entre los griegos) y el "paso" del "mít-hos" al "lógos" (un "paso" que debe ser entendido no como sustitución de un sistema -el primero- por el otro, sino como desarrollo del segundo en un mundo dominado por el primero, el mito), lo que equivale a hablar del paso del pensamiento mítico al racional-lógico (dentro del proceso generalizado de separación del Hombre respecto a la Naturaleza y de su enfrentamiento con ésta, en la lucha del Hombre por el control sobre la misma), las formas de análisis lógico de la realidad física (como Ciencia y Filosofía) y del pasado humano (la Historia) alcanzan unos notables avances, sin imponerse plenamente.

J.T. Shotwell expone la relación entre la "revolución política" griega y el surgimiento de la Historia (elaborada con premisas lógicas, no mítico-religiosas). En la Grecia de los siglos VII-VI a.C. se asumirá (como venimos señalando) la temporalidad del ser humano y su responsabilidad ante los hechos históricos: de esta manera se asume igualmente la capacidad transformadora del hombre sobre la Naturaleza y se reflexiona positivamente sobre el pasado y el presente, como consecuencia de todo lo cual la consideración sobre el tiempo habrá de variar: del predominio exclusivo del tiempo religioso (cíclico y múltiple) se pasará a la coexistencia del anterior (las fiestas del calendario, por ejemplo) con un tiempo ya "profano" (de naturaleza unilineal, que cuenta con "principio" y habrá de contar, por tanto, con un "fin" material, con un final absoluto), en el que el hombre es ya completamente responsable de sus actos (la unilinealidad del tiempo profano no será exclusiva de éste: el cristianismo también presentará un modelo temporal unilineal, que cuenta asimismo con un principio -la Creación, el Génesis- y un final, el Apocalipsis: el tiempo no será ya cíclico: segmentos de tiempo sagrado se repetirán en forma de fiestas, como nuestra Navidad y Semana Santa por ejemplo, pero la Creación no se repetirá de manera periódica cada cierto período concreto de tiempo -por ejemplo, en Año Nuevo); al fijarse el tiempo se fijan también los acontecimientos (en el espacio y en el tiempo),

que de religiosos pasan a convertirse en profanos (en mundanos): la reflexión sobre el pasado y la actuación sobre el presente (aspectos fundamentales, definidores de la Historia) pueden, además, convertirse en programa moral para el futuro, en propaganda política y social (tal y como muy bien nos demuestra un Platón, sin ir más lejos).

El viajero Heródoto continua viendo en la Historia la acción, la mano de la divinidad y el Destino al que el hombre se encuentra sujeto; el aristocrático Tucídides, por su parte, sostiene ya (un siglo más tarde) la independencia del hombre (entendido como individuo y como sociedad) a la hora de "hacer Historia"; desde estas premisas, Platón tratará de dar un paso más, al tratar de transformar la sociedad no sólo asumiendo la historicidad, sino trascendiéndola y creando un programa de actuación positiva de carácter político y moral. De otra parte, aquellos "vendedores de recursos" que fueron los sofistas (verdaderos protagonistas de la vida intelectual griega de los siglos V y IV a.C., capaces de hacer pasar -de cara a la opinión pública- a Sócrates por uno de ellos y, al mismo tiempo, de buscar y conseguir la ruina y muerte de este encarnizado enemigo) defendieron en primer lugar un humanismo individualista (y al mismo tiempo, universalista: todos, como individuos concretos y unitarios, formando una Humanidad), y, frente a la actitud anterior, más antigua (y sin embargo coetánea a ellos mismos) de desprecio de la actividad manual (del trabajo técnico), los sofistas pasarán al extremo contrario y se jactarán de su dominio de las "*tekhnai*" (entre las cuales habrá una superior a las demás: el arte de la palabra, la oratoria, aquella técnica dominada por los sofistas, verdadero arma de combate de los mismos).

Platón se ocupará de señalar las distancias entre el saber (la teoría) y el "saber hacer" (la praxis), señalando la vanidad de las artes, mientras los sofistas consideran que la praxis es y debe ser expresión máxima e inevitable de la teoría. El problema residirá en que todo ello se orientará no al análisis histórico objetivo ni a la conformación de una moral nueva y positiva, sino a la más "amoral" (y directa) intención y voluntad de controlar individualmente la política griega (*nihil novum...*).

En el marco de la pólis, la Historia no querrá presentar ejemplos morales a seguir como intención primera, sino mostrar la acción humana en el devenir, en el tiempo (mostrar cómo el Hombre es responsable de sus actos -pese a no ser desechada sino parcialmente la responsabilidad y el papel de la divinidad en el desarrollo de los acontecimientos). Asumidas la responsabilidad humana y la laicidad del tiempo (si bien queremos insistir en que no se trata de un discurso cuyos términos sean absolutos) se avanzará paulatinamente hacia una realidad (a niveles intelectuales, cuando menos) nueva; en el marco protohelenístico de la primera mitad del siglo IV a.C., la solución será múltiple: encontraremos al mismo tiempo el conservadurismo (falsamente populista, como cabe esperar de toda forma de reacción) de un Aristófanes, el idealismo de un Platón y el empirismo de un Jenofonte, junto al individualismo materialista de los sofistas, serán varias las propuestas realizadas de cara al análisis de la realidad (la Historia) y

a la actuación sobre la misma (en forma de Constituciones, o programas de gobierno tanto como de principios morales sociales).

El tiempo, como ya hemos dicho, dejará de ser únicamente cíclico para ser considerado también lineal (en dos planos diferentes de interpretación, el religioso y el profano, que sólo vendrán a ser "reunificados" -y sólo parcialmente- por el cristianismo, como señalábamos con anterioridad: considerado el tiempo como una unidad común (reflejo de la comunidad política cuya vida regula y cuyas "RES GESTAE" guarda) a todo el cuerpo social, podrá pasar a ser contemplado como una sucesión de hitos (hitos biográficos y heroicos, principalmente) dignos de ser recordados que sirvan para proporcionar ejemplos morales (a seguir) al pueblo (esto es, que sirvan de referente "moral" y de base "educacional"); esta "historia biográfico-heróica" (*sic*) surge en el seno de unidades nacionales territoriales "suprapolíticas" (o supraurbanas) que comparten una misma raíz cultural con la Grecia "política" (esa vuelta a la mítica se produciría, en lo que podría parecer una paradoja, desde planteamientos lógicos "históricos": desde el estudio de los hechos transcurridos, estudio cuyas conclusiones son empleadas para la consolidación y defensa de los intereses de la oligarquía dominante).

La concepción del tiempo cambiará no tan significativamente como la de la Historia en este momento; con el desarrollo de las unidades supranacionales el modelo de Historia no dejará de ser piramidal: si ante la crisis de la pólis un conservador como Aristófanes pretenderá una vuelta a los "buenos [y falsos] viejos tiempos" y los sofistas defenderán la primacía del individuo frente a la colectividad (sosteniendo que el bien común es -debe ser- igual a la suma de los intereses individuales y que el derecho natural -esto es, la ley del más fuerte- es el que debe primar, ya que las leyes de la pólis no son sino una mera convención -una convención "torcida", además, según los sofistas, puesto que está destinada a defender a los débiles, contraviniendo el derecho natural, que ellos entienden "lógico", según el cual deben predominar los más fuertes), el filósofo Platón pretende llevar a cabo una reforma moral global; si en un principio las leyes ("*themistai*") son reflejo de la voluntad divina, un reflejo que luego se fija y se convierte en ley humana ("*nómos*"), reflejo de la conciencia ciudadana, los sofistas "descubrirán" que estas leyes humanas son relativas (y, por tanto, incompletas), convencionales y enfrentadas a la "*physis*" (lo natural y absoluto): lo natural (lo "lógico" desde esta perspectiva) será seguir a la Naturaleza, la cual nos indica cómo lo que debemos hacer es saciar nuestros apetitos (o lo que es igual, nuestro interés), en la medida de nuestras fuerzas (fuerzas que no son musculares, evidentemente, sino económicas, *ergo* sociales y políticas).

El freno (a violar los "*nómoi*") sólo estaría en el castigo material que puede sernos impuesto y no en el perjuicio moral que una mala acción pueda acarreamos (ya que lo "bueno" y lo "malo" sólo estarían definidos por la voluntad del individuo). La Historia perderá paulatinamente su valor de memoria colectiva para convertirse en una sucesión de anécdotas destinadas a conservar la memoria de lo que ahora *merece* ser recordado. Llegados a este punto (y a este

momento histórico, la segunda mitad del siglo IV a.C.), un Aristóteles (preceptor del príncipe heredero de Macedonia, Alejandro, futuro Magno) podrá sostener así que la Poesía es superior a la Historia (*Poética*, IX, 1.415b 5 y ss.), ya que la primera *crea* (el verbo "*poiô*" significa precisamente eso en griego, "crear") y para ello "evoca tipos, generalidades" (revelando un grado superior de elaboración), mientras la Historia tiene por cometido presentar singularidades en sus relaciones contingentes en un período dado (y al ser los casos particulares múltiples, no se podría establecer una teoría general, ya que la Historia sólo trataría de elementos parciales).

Lo que en un principio es empírico y verificable, pasará a ser mítico (e incontestable) porque lo que interesa es "enseñar", y para poder hacerlo "quizá" va a ser necesario alterar "un tanto" los modelos presentados para "embellecerlos" convenientemente (así como para adaptarlos a la "verdad" oficial); la Historia aparece como una "estructura vertical descendente", en la que todo sucede porque una voluntad individual (y superior, humana o no) lo quiere así. Míticas serán tanto la concepción platónica (donde la Historia será reflejo de la Idea) como la de Jenofonte (otro discípulo de Sócrates) sobre la Historia.

Con Jenofonte y los sofistas de la segunda generación se trata de proporcionar ejemplos morales individuales a los jefes -ahora que, en el siglo IV a.C., un Isócrates intenta unir a las póleis griegas subordinándolas bajo una jefatura única... La política (el arte de regular y dirigir el gobierno de las póleis) vuelve a aparecer como motor de la Historia, pero no se trata de estudiar el pasado partiendo de un enfoque crítico del mismo: se trata de elaborar "modelos" para el "consumo" de los mismos; tal y como hemos venido adelantando, lo importante es presentar ejemplos morales (y políticos) colectivos que puedan ser verosímiles (de ahí que el contraste de los mismos pueda estar incluso "contraindicado"). De este modo el siglo IV a.C. habría de suponer un "retroceso" desde el momento en que el providencialismo y el recurso a la mitología (esto es, a la intervención directa de la divinidad en la acción humana) vuelven a ser empleados -no ya porque se crea verdaderamente en ellos, sino porque *son* útiles (desde un punto de vista moral)- en el discurso histórico (y como sustento del sistema).

Nos encaminaremos hacia la mayor importancia de la verosimilitud por encima de la exactitud (exactitud: objeto del esfuerzo y el interés principal de un Heródoto o un Tucídides, aquello por cuya plasmación y consecución se habían esforzado); como hemos indicado, lo que se pretende es hallar ejemplos políticos colectivos (que sirvan a la colectividad) de unidad del grupo sometido a una única guía (en un mundo -la Grecia del siglo IV a.C.- que se encamina precisamente hacia la Monarquía), más allá de los intereses colectivos de los individuos (defendidos por la segunda sofística) o de la creación de un mundo ideal, reflejo de la transformación moral de los individuos (Platón) o de la reflexión minuciosa sobre cada caso particular y la elaboración de conclusiones particulares (negándose la posibilidad de elaborar principios teóricos generales porque se niega la unicidad de la casuística), como hace el Estagirita. O de la precisión en el análisis de los hechos y sus causas (humanas en Tucídides y

con carga religiosa en Heródoto). En palabras de F Châtelet, "el discurso histórico, que ahora se ha convertido en una tradición literaria, se transforma en relato agradable gracias al cual se pueden dar consejos útiles tanto morales como técnicos..."

3. Roma y el concepto de memoria.

Roma, desde planteamientos distintos a los griegos (lo cual es de esperar, ya que el mundo de los romanos es distinto al de los griegos en el momento en que unos y otros comienzan a escribir Historia), también convertirá su Historia en biografía o en relato mítico, ya que no parte de la exigencia de objetividad y criticismo de la lógica: sus planteamientos son míticos y su Historia también lo será: sus bases son míticas y están ligadas al poder, del que emanan. Roma parte de unas bases que podríamos definir como "verticales": pese a tratarse de una república (en el momento que nos interesa, el de aparición de sus "RES GESTAE", su Historiografía estará más íntimamente ligada a la de los imperios orientales (Egipto, Asiria, Persia) que a la de las póleis griegas; es una Historia de corte palacial (a pesar de que, en Roma, el "palacio" esté compuesto por los intereses de un considerable número de oligarcas, y sus familias) que no surge del contraste de las ideas ni de la interpretación de un conjunto de relatos míticos a la luz de la crítica racional llevada a cabo desde bases horizontales: las crónicas reales asirias o egipcias tienen más en común con la Historia Analítica de los romanos que las historias redactadas por los logógrafos o la Historia de un Tucídides.

A pesar de ello (o, precisamente por eso) cuando la Historiografía romana se acerque a la de los griegos será gracias a la "orientalización" de la de estos últimos: desde las bases de una sociedad nueva que navega hacia una estructura política de carácter monárquico, la Historiografía griega vuelve a los planteamientos míticos, pero a partir de unas bases lógicas que ellos mismos han elaborado; a través del individualismo sofisticado lo que se va a buscar -como hemos visto- son modelos ideales de héroes (modelos de jefes heroicos, recreación de los cuales serán las figuras de un Aquiles o de un Herakles), de modo que se vuelve a lo mítico (*ergo*, a lo religioso) a partir de la más radical expresión de lo lógico: el individualismo. Roma se acercará a la Hélade cuando ésta haya dado el paso hacia la "historia literaria" (de "grandes relatos" y biografías). Cuando la Analítica se haga laica (con un Píctor o un Alimento, en el siglo II a.C.), lo hará en griego y en prosa.

La Historiografía republicana será fruto de la interacción de la acción humana y la Fortuna, el componente divino; de este modo lo sagrado y lo profano siguen combinándose en un mismo marco de acción espacio-temporal, un mismo marco que, sin embargo, presentará el predominio de una esfera sobre otra; el providencialismo será un arma más para explicar los hechos del pasado y el "Destino" (Destino que hace de Roma la inevitable dominadora del mundo -algo que Polibio tratará de racionalizar explicándolo a través de la Constitución

Romana) hará a unos u otros individuos las cabezas del Estado (a fines de la República). Según Cicerón, la Historia debe ser verídica e imparcial: necesita de una exposición cronológica y del soporte de la geografía; exige la narración de los hechos, el enunciado de las causas y de las consecuencias de los sucesos.

Seguimos viendo cómo la Historia es reflejo del momento en que es escrita, y cómo el pensamiento crítico se encuentra ausente de ella en la mayor parte de los casos; de otra parte hemos de señalar la ignorancia que los autores de la Antigüedad mantienen respecto a las causas de la evolución de los sucesos; todo se circunscribe a causas morales con efectos políticos y militares (o, dicho de otro modo, a causas morales y políticas), reflejo de una concepción del mundo distinta de la nuestra. Es el destino (el "Fatum") el que rige los hilos de la vida de los hombres, principalmente dirigiendo los "hilos" de los jefes, cuya acción dirige a la masa. El individuo es contemplado de dos formas: de un lado como jefe, como héroe (catalizador de virtudes y defectos, de amistades y relaciones políticas y de fuerza militar) rector del grupo: de otra parte como grupo, como pueblo con sus virtudes colectivas y sus vicios. Hoy, en cualquier caso ¿qué dejamos a la acción divina? ¿Contemplamos acaso la posibilidad de que el destino dirija nuestros actos o cuando menos influye en éstos, o nos hemos convencido de ser los únicos artífices de nuestro futuro? (si es así, ¿cómo explicamos lo imprevisto, lo inesperado? No se trata sólo de las catástrofes naturales -explicables con el recurso a la "ecología"- sino el simple hecho de sufrir un accidente, doméstico o de otra naturaleza... En estos casos es de suponer, nos limitaremos a pensar que se trata de "casualidades", de un "cúmulo de circunstancias").

De cualquier modo, no podemos dejar de lado la importancia de los hechos puntuales de cara al cambio histórico; el magnicidio (J.F. Kennedy, Carrero Blanco...), por ejemplo, sí puede contribuir a "cambiar" la Historia; un individuo (según la acertada definición de V. G. Childe) puede ser la chispa que prenda la llama de la actuación humana, pero sin pólvora no puede tampoco haber llama. En Roma, que sigue (a partir del siglo II a.C. sobre todo) a diversos líderes (cabezas de "facciones" políticas), y que se vanagloria de sus virtudes colectivas la conjunción de lo individual y lo colectivo será fundamental en el concebir la Historia. El pensamiento mítico en esta concepción se revela no sólo en el papel que conserva el *Fatum* (por no hablar de la Historiografía cristiana), sino en la articulación de lo humano en la Historia; los jefes son quienes la "hacen" (e incluso la escriben: o ellos directamente -caso de César- o bien sus cronistas "de lujo" son los encargados de dar forma a sus "RES GESTAE") sin ser tenidos en cuenta -*grosso modo*- los factores de la estructura y la articulación económica y social para la evolución y resolución de los hechos.

Aprovisionadora de ejemplos morales, arma política, conjunto de biografías, voz del poder instituido (los disidentes sólo podían esperar el destino de un Cremucio Cordo, quien fue conminado al suicidio, y su obra destruida, bajo el emperador Tiberio...), la Historia no es fruto de una reflexión objetiva con pretensiones científicas, sino reflejo del pensamiento que la ha

generado: el análisis que una sociedad lleva a cabo sobre sí misma y su pasado siempre responde a la concepción que esa sociedad tiene de sí misma en el mundo. En los momentos de expansión, quien escribe tenderá a dejarse llevar por tal "expansión", y en los momentos de "inflexión" sucederá otro tanto de lo mismo... La objetividad será una exigencia aparcada en el arcén de la Historia desde Tucídides a Tácito, y ni siquiera alcanzada sino parcialmente por éstos.

De otra parte, la Historiografía imperial romana abundará en las concepciones míticas: la alabanza del individuo que es cabeza del estado o los ataques a éste (caso de ser fruto -la Historia conservada- de un partido hostil al soberano) serán los motores de esta Historiografía. Objetividad, cientificismo..., son pretensiones ni siquiera contempladas: se escribe *lo que se debe escribir* para lograr la verosimilitud que la Historiografía griega del siglo IV a.C. anhelaba; la propaganda, positiva o negativa, de la *Historia Augusta* puede parecer el culmen del proceso enunciado. No hay nada "inmoral" en todo ello ya que se trata, sencillamente, de cumplir y alcanzar unos objetivos determinados dentro de una escala de valores que no es la nuestra, ni tiene por qué serlo. Se escribe Historia con, desde, por y para unos patrones, un público, un mundo diverso del nuestro, pero no por ello deja de ser Historia: es la imagen del pasado tal y como lo entendían (o querían entenderlo) quienes nos la han legado; nos parece harto presuntuoso pretender descalificar aquello que no responde a nuestras premisas y expectativas, situándonos de ese modo en el mismo trono que Jerjes para contemplar la batalla de Salamina (una Salamina que nunca dejará de ser una derrota para el ocupante de dicho sitio).

La Historia, no debemos olvidarlo, nace en buena medida como voluntad de "testimonio" (literalmente, "historia" significa "investigación", "informe"), de la realidad presente al tiempo que de la pasada; la forma en la cual semejante testimonio sea dado no es lo verdaderamente importante, ni lo que debe movernos a aceptar o rechazar los testimonios presentados; como hemos venido ya sosteniendo, la exigencia de objetividad -la superación de las subjetividades como principio básico de trabajo- es un requisito sólo hoy generalizado como tal, un requisito aparentemente indispensable para poder alcanzar la "Historia científica" (y un requisito difícilmente superable por parte de aquéllos cuyos trabajos deben servir para sostener los pilares del sistema socioeconómico en el que se encuentran y que a su vez les proporciona medios para la defensa... Los palacios orientales seguirán a lo largo del tiempo pagando historiadores que mantengan la "objetividad oficial", procurando proporcionar visos de verosimilitud a la "tendencia" más subjetiva).

La aceptación del propio "ser histórico" por parte del hombre antiguo, la toma de conciencia de la historicidad humana, marcha pareja a la toma de conciencia de la temporalidad humana (hoy, ayer y mañana como puntos concretos entrelazados) y a la asunción de la responsabilidad humana (lo que equivale a asumir la propia existencia...), pero para el "*cogito ergo sum*" habremos de esperar hasta el siglo XVII...

4. La "dirección" en Historia.

La Historia, como venimos considerando, puede ser considerada como la expresión voluntaria y conscientemente elaborada de la memoria humana, como forma articulada y crítica de la reflexión del ser humano acerca del desenvolvimiento de su especie y las sociedades construidas por la misma a lo largo de la coordenada que damos en denominar como "tiempo" y sobre la coordenada que llamamos "espacio"; en dicha materia se dan cita formas de pensamiento, estructuras económico-sociales y políticas e intereses de diversa (y a veces contradictoria) naturaleza. El primer paso para aproximarnos a nuestro propio conocimiento -esto es, al conocimiento de nuestra Historia- ha de ser la plena y consecuente asunción de la temporalidad humana y de nuestra responsabilidad ante los hechos del devenir histórico (que no es un ente abstracto, sino la conjunción de numerosas coordenadas entre las cuales no son descartables *a priori* las accidentales), de nuestras propias acciones como especie, como grupo, y también como individuos; pero una vez asumidas tales premisas aún queda un interesante - y harto complejo- camino por delante...

Como hemos apuntado, la elaboración de la Historia puede llevarse a cabo desde unas bases de carácter mítico-religioso o lógico (en lo mental) lo cual "tiende a" corresponderse con un determinado sistema organizativo en lo político y social (hemos de tratar de evitar las aseveraciones categóricas, que sólo conducen a errores fruto de la generalización); la Historia puede escribirse desde el poder (lo cual es frecuente) o no (cuestión aparte será la situación económica y la consideración social de quienes estén encargados de la tarea); es cierto que muy difícilmente hallaremos nada en estado aséptico, pero podemos señalar que las estructuras políticas nacionales de corte palacial (y el momento histórico concreto del que se trate es desdeñable, ya que lo importante es el discurso sobre las estructuras económico-sociales y políticas, y no el cronológico) "tienden a" mantener bajo su control las formas de expresión intelectual, de las que la Historia forma parte: no sólo las controlan, sino que se encargan de seleccionar el contenido de lo redactado (y eso hoy como hace cuatro mil años); de este modo habremos de tener en cuenta que sólo se permite escribir *lo que conviene* y *del modo en que conviene*: así, la batalla de Kadesh entre egipcios e hititas será siempre considerada una victoria africana si sólo tenemos en cuenta lo que el Faraón, Ramsés II, quiso que se escribiera en sus anales y en las paredes de sus palacios). En este caso, nos hallaremos ante sociedades que no contemplan el valor de la crítica racional y del contraste de ideas, datos y conceptos a la hora de redactar la Historia y como valores positivos y necesarios; estas sociedades contemplan su pasado y su presente con los ojos de la fe y el sentimiento (de lo mítico), y no con los de la lógica; el tratamiento de la memoria en este caso -y con ella de las formas de análisis de la realidad- es, así pues, "vertical": parte de la cúspide, del vértice del poder (del palacio), para desde allí vertirse sobre los súbditos (podemos apuntar cómo a una sociedad de carácter

redistributivo -en lo económico y lo político- parecería corresponder en lo mental una concepción y una elaboración tal de la Historia.

De otra parte, cuando la crítica y el contraste (de la mano de la escritura y, más que de la escritura en sí, de la generalización de la misma, de su extensión entre amplias capas de la sociedad y del acceso de estas "amplias capas de la sociedad" al control del poder político merced a su actuación en la asamblea y a la elegibilidad de los cargos públicos) se conviertan en patrones comunes -en armas, si cabe- de análisis de las ideas (de cualquier tipo de ideas) y los griegos comiencen a desarrollar su actividad favorita (según lo contemplaban los romanos -y Sócrates), esto es, discutir y pleitear, la Historia no quedará al margen de la discusión: esa será la exigencia de un Tucídides, la crítica y el contraste que conduzcan a la objetividad, a la veracidad. Tal y como el pensamiento lógico se desarrolla independientemente del poder (o, lo que es igual, al margen del mismo), la crítica histórica nace en el seno de la élite (no olvidemos de qué cuerpo social habría de salir un Tucídides o dónde se integraría un Tácito), pero no directamente vinculada al poder ni sometida a éste: en este sentido, el tratamiento de la memoria es "horizontal", y corresponde muy bien a un mundo en el cual las formas económicas tienden a liberalizarse, como en la Grecia comercial (europea y asiática), tan bien dispuesta para la práctica del capitalismo (materializado en la inversión de riqueza en empresas comerciales que deparen un incremento de la riqueza invertida -beneficios- y, por tanto, expuesta a riesgos y pérdidas no asumibles por todos -especialmente en el plano mental).

5. Historia como Ciencia

Una ciencia debe apoyarse en unos principios generales, unas leyes susceptibles de contraste y un método científico, y debe asimismo poder admitir la adecuada y precisa experimentación con sus contenidos. Pocas materias podrían obtener el calificativo de "científicas" a no ser mediante la admisión de manera laxa en unos casos -o bien de manera menos ajustada en otras (caso de las materias ya tradicionalmente consideradas "científicas")- de estas premisas. El teorema de Gódel (Brno, hoy República Checa, 1906 - E.E.U.U., 1978) parece demostrar que dos y dos no tienen por qué ser siempre cuatro, con lo que la matemática no saldría muy bien parada como "ciencia"; de otra parte, los experimentos biológicos llevados a cabo sobre cadáveres de animales y cuyos resultados se aplican al estudio de criaturas vivas proporcionan una información que no ha de corresponderse exactamente con las conclusiones que serán aplicadas *a posteriori* sobre seres vivos (pese a que se actúa como si fuera lo contrario), ya que el mismo objeto de estudio no responde totalmente a las premisas de aquellos otros seres sobre los que van a ser proyectados los resultados de los análisis realizados.

La cuestión sobre el carácter científico de la Historia no es excluyente: más importante es la exigencia de objetividad y el espíritu crítico en el estudio histórico, la conciencia de estar

manejando no sólo lo que cabría calificar de "datos fríos", sino información sobre el pasado de la especie, y la certeza de hacerlo a sabiendas de que con el manejo y análisis de dicha información pueden llegar a ser manipuladas voluntariamente las conciencias de quienes aceptarán lo escrito por el historiador como "verdad" histórica, contemplando el mundo a través del cristal que los historiadores (especialistas convertidos en los nuevos "chamanes" de la tribu, intérpretes y explicadores de "la verdad") interpondrán entre sus ojos y la realidad. La consideración de la Historia como disciplina científica o no, no ha de suponer un punto de inflexión de los contenidos de la materia ni de sus objetivos o método: la conciencia, más que la ciencia, parecería tener un mayor peso a la hora de redactar (elaborar) Historia, ya que ello ha de hacerse sin ignorar que quien escribe Historia está manipulando ideología, se dedica a fabricar ideología para un "mercado" determinado (el de quienes van a consumir dicha Historia), y lo está haciendo desde unas bases concretas, que no son otras sino las de su propia ideología como individuo (si le es permitido) y las de la ideología del grupo desde el que (o "para el que") escribe (las cuales puede suscribir o rechazar, pero en ningún caso puede ignorar); de otra parte, debe ser tenido en cuenta que el historiador nunca es un ente abstracto, aséptico e independiente, sino que se enfrenta con los límites que le impone su marco individual, económico y social (por no hablar de su propia inteligencia, otro factor principalísimo a tener en cuenta).

Hoy en día y desde unas bases mayoritariamente (en apariencia, cuando menos) lógicas, volvemos a encontramos con una Historia cuya carga mítico-religiosa no parece gozar de mala salud: los gobiernos (de distintos niveles) marcan los contenidos de los planes de estudio de Historia, "velando" por la salud (salud moral, al menos) de sus ciudadanos (ya no se trata simple y llanamente de ensalzar a un "gran jefe", pero los contenidos de los estudios a realizar están bien delimitados), y ello nos recuerda bastante a la actitud y preocupaciones de los monarcas orientales del Mundo Antiguo (quizá exagerando un poco...). En cualquier caso, la "horizontalidad" de la Historia goza hoy de mejor salud que nunca antes (si no perdemos de vista que hasta hace bien poco estuvo en coma, especialmente en nuestro país), pero no se halla libre de injerencias "verticales" (más o menos libremente aceptadas).

6. Sobre la practicidad de la Historia.

Vere Gordon Childe sostiene -en lo que hemos de confesar nuestra coincidencia con él- que los inventos a los que podemos calificar de "útiles" son precisamente los que fructifican y permanecen, ya que aquellas otras que nacen en una sociedad que no está capacitada para aprovecharlas, acaban por agostarse y desaparecer de la memoria humana (como si no hubieran existido); al margen que tal aseveración sea discutible, la Historia tendría desde sus primeros pasos asegurada una consideración de utilidad para el Hombre, ya que no ha sido entregada al

desván del Olvido: desde que la crítica centró su atención en el análisis de lo ya pasado y en el estudio de lo presente, la Historia ha continuado su marcha como herramienta de tratamiento del mundo y de intervención sobre el mismo.

Un pasado en común puede servir como elemento cohesionador de las sociedades humanas, de modo que -tratada de un modo "adecuado" y "oportuno"- el estudio de ese pasado brindará (caso de ser necesario y conveniente, esto es "*commodus*", empleando el apropiado término latino) *ejemplos de lo que sea conveniente*: afinidades y desencuentros, proximidad cultural o distancia tradicional... Nada será fruto de la casualidad, en este caso, sino de la "oportunidad". No podemos dejar de tener a un margen si no queremos que nos inventen -aleatoria o "convenientemente"- un determinado pasado u otro (una Historia, en fin de cuentas, a servir "a la carta", de acuerdo con el gusto de quien "paga", que como sostiene el refrán castellano, precisamente por pagar, "manda").

La Historia es un arma el control de la cual ha estado siempre vinculado a las élites gobernantes (élites económicas y, por tanto, sociales y políticas) y cuya difusión ("horizontal") ha dependido en mayor o menor medida (como era de esperar) de los momentos históricos, habiendo llegado incluso a ser simple y llanamente "ignorada" o mantenida "al margen" de lo conveniente cuando así ha sido considerado práctico por el poder, excepto como propaganda e instrumento de expresión de dicho poder y de las "inquietudes" intelectuales de los miembros de la oligarquía rectora. Cohesionando sociedades, asentando límites (límites de muy diversa naturaleza: territoriales, morales, culturales, políticos, sociales, religiosos, étnicos...) y proporcionando "EXEMPLA" a seguir (o rechazar, en su caso), la Historia no es ni debe ser tan sólo una concatenación de hechos hilvanados sucesivamente en el tiempo: es memoria, pero también análisis y estudio de pasado y presente, consecuencia directa de la actuación del Hombre que ha asumido su temporalidad y la responsabilidad de sus actos y sobre sus obras, y su estudio puede ofrecer los medios necesarios para una mejor comprensión del mundo y de las causas de cómo éste se ha "ordenado" de una u otra forma.

El hombre "actual" ("moderno") rechaza la importancia unívoca de lo mítico y lo religioso para la ordenación del mundo y la sucesión de los hechos históricos, mientras se refugia en la confianza que tiene en su apenas adquirida condición de "*dominator*" de lo que le rodea, en y su nueva arma (su nuevo vehículo de conducta, si queremos), la ciencia; la distancia que separa esa "confianza" lógica y racional de la fe puede menguar si la crítica quiebra en la reflexión sobre las capacidades y valores de la ciencia: si tendemos a aceptar de forma absoluta tales potencialidades, sin someterlas a un análisis crítico y consideramos que todo lo que aparezca bajo el rótulo de "científico" debe ser obligadamente cierto, entonces estaremos precisamente generando un nuevo modelo de fe y no otra cosa, una fe basada -si queremos- en lo que habría comenzado siendo reflexión, razón y lógica, pero fe al fin y al cabo.

Gordon Childe, entre otros, defiende que la Historia debe ser una más entre las ciencias

(siquiera entre las "ciencias sociales") y, que como tal ciencia debe disponer de (y contar con) unos principios generales universales. Ciertamente es que, en contra de quienes piensan que la Historia no puede ofrecer un análisis general de los hechos y el pasado humanos ni contar con principios teóricos generales, los hechos históricos no deben ser observados como una mera elaboración ordenada de acontecimientos (que de ese modo no dejarán de ser fenómenos puntuales) en un orden cronológico concreto y determinado: la Historia ha de servir para que el individuo consiga entender el mundo que le rodea, y para dotar de una base mnemónica a la sociedad. Con independencia de la que nos posicionemos ante la validez o no de los planteamientos morales en la Historia, no podemos dudar de la importancia del tratamiento crítico y analítico del pasado (propio y ajeno) de cara a la conformación del presente.

Lejos del "mito" de la ciencia (elevada a la categoría de "verdad absoluta", "total"), como hemos tenido oportunidad de señalar, las exigencias de objetividad y crítica deben mantenerse como premisas primeras y fundamentales del historiador, coincidiendo además con la limpidez de conciencia del científico (por más difícil que ello pueda parecer -o no). Abierto el debate sobre la utilidad y el carácter científico de la disciplina histórica, pensamos que considerar a la misma como otra ciencia más es enfocar el asunto desde unas bases incompletas, pero marginar a la Historia, dejándola fuera del campo de las disciplinas consideradas como "científicas" es errar de modo más abultado: será necesario delimitar los contornos de la disciplina histórica y recordar que la razón (la "verdad" o cuando menos, la "veracidad") no es privativa en exclusiva de unos u otros: las distintas formas de analizar el pasado y el presente pueden y deben unir voluntades para llegar a alcanzar una comprensión global de los fenómenos históricos, partiendo siempre de unas bases objetivas y críticas.

7. Bibliografía.

- ANDRÉ, J.M. y HUS, A., 1983: *La Historia en Roma*. Madrid.
- BROWN, P., 1978: *The Making of Late Antiquity*. Cambridge, Massachussets.
- CHATÉLET, F., 1985: *El Nacimiento de la Historia*. Vols. I y II. Madrid.
- CHIC GARCÍA, G., 1990: *Principios Teóricos en la Historia*. Écija-Sevilla.
- CHIC GARCÍA, G., 1995: *Pensamientos Universitarios*. Écija-Sevilla.
- CHIC GARCÍA, G., 1997: *El mito de la mujer, el horno, el hombre y el viento. Sobre el sentido de las palabras "Fornicar" & "Follar"*. Sevilla.
- CHIC GARCÍA, G., 2002: *Tiempo y civilización (¿Se puede conocer el futuro?)*. Sevilla.
- CHILDE, V.G., 1981: *Teoría de la Historia*. Buenos Aires.
- CLASTRES, P., 1981: *Investigaciones en Antropología Política*. Barcelona.
- CRAWFORD, M., 1986: *Fuentes para el estudio de la Antigüedad*. Madrid.
- DODDS, E.R., 1994: *Los griegos y lo irracional*. Madrid.

- ELIADE, M., 1986: *Herreros y Alquimistas*. Madrid.
- ELIADE, M., 1988: *Lo Sagrado y lo Profano*. Barcelona.
- ELIADE, M., 1989: *Imágenes y Símbolos*. Madrid.
- ELIADE, M., 1991: *Mito y Realidad*. Barcelona.
- ELIADE, M., 1992: *El Mito del Eterno Retorno*. Madrid.
- FINLEY, M.I., 1984: *Uso y abuso de la Historia*. Barcelona.
- GARCÍA GUAL, C., 1987: *La Mitología. Interpretaciones del pensamiento mítico*. Barcelona.
- GOODY, J., 1990: *La lógica de la escritura y la organización de la Sociedad*. Madrid.
- MAIR, L., 1970: *El Gobierno Primitivo*. Buenos Aires.
- MORENO, R., 1995: *Akal. Historia de la Ciencia y de la Técnica 3. Grecia. Del Periodo Micénico a la Época Clásica*. Madrid.
- NIZAN, P., 1976: *Los materialistas de la Antigüedad*. Madrid.
- PAGELS, E., 1990: *Adán, Eva y la Serpiente*. Barcelona.
- PAGÈS, P., 1988: *Introducción a la Historia*. Barcelona.
- PARODI ÁLVAREZ, M.J., 1996: "De Historia", en *Espacio y Tiempo* 10, pp. 27-37.
- PARODI ÁLVAREZ, M.J., 1999a: "El Hombre, el Tiempo y la Culpa (I)". *Madrigal*, nº. 10, julio-septiembre. Puerto Real.
- PARODI ÁLVAREZ, M.J., 1999b: "El Hombre, el Tiempo y la Culpa (I)". *Madrigal*, nº. 11, octubre-diciembre. Puerto Real.
- PARODI ÁLVAREZ, M.J., 2000a: "Algunas reflexiones acerca de los primeros pasos del pensamiento historiador (I)". *Madrigal*, nº. 12, enero-marzo. Puerto Real
- PARODI ÁLVAREZ, M.J., 2000b: "Algunas reflexiones acerca de los primeros pasos del pensamiento historiador (I)". *Madrigal*, nº. 13, abril-junio. Puerto Real.
- PARODI ÁLVAREZ, M.J., 2000c: "Tiempo y culpa: sobre la asunción de la temporalidad y sus consecuencias". *Revista Atlántica Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social (RAMPAS)*, vol. III. Cádiz.
- SHOTWELL, J.T., 1988: *Historia de la Historia en el Mundo Antiguo*. México.